

Moacyr Scliar

Los leopardos de Kafka

Traducción de Teresa Matarranz



Este libro fue publicado con el apoyo de:
Obra publicada com o apoio do:
Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Primera edición: septiembre 2012

Título original, *Os leopardos de Kafka*

© the Estate of Moacyr Scliar, 2000 by arrangement with Literarische
Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany.

© de la traducción del portugués, Teresa Matarranz López

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2012

Ilustración de la cubierta: Raquel Iglesias, bluleopard

Diseño editorial: Noemí Giner

Corrector: Óscar Mora

Traducción del aforismo del **epígrafe** de: José Rafael Hernández Arias.

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial S. L.

Comte Borrell 115, ático 2ª

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

BIC: FA

ISBN: 978-84-15539-12-4

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para uso personal.

Los leopardos de Kafka

Moacyr Scliar

Traducción de Teresa Matarranz López

Rayo verde
editorial

Unos leopardos penetran en el templo y beben de las copas sagradas hasta vaciarlas del todo. Este hecho se repite una y otra vez. Finalmente se hace previsible y se convierte en parte de la ceremonia.

Franz Kafka

Contenido

Capítulo 1

1

INFORME CONFIDENCIAL 125/65

Señor comisario: la finalidad de este documento es informarle sobre el encarcelamiento del individuo Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, detenido la noche del 24 al 25 de noviembre de 1965 en una de las calles del centro de Porto Alegre. Tal sujeto, conocido militante en los ambientes universitarios de la ciudad, venía siendo seguido por nuestros agentes desde hacía dos meses. Alrededor de las 21 horas, Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, se dirigió al apartamento de su novia Beatriz Gonçalves. Otros individuos, seis en total, llegaron al lugar, solos o en parejas, obviamente para una reunión secreta. A las 23.30 los individuos abandonaron el lugar, momento en el que el agente Roberval les dio el alto. Siete individuos, incluyendo a Beatriz Gonçalves, consiguieron huir, pero el individuo Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, que cojea de una pierna, no pudo correr. Detenido y conducido a la sede de la Unidad de Operaciones Especiales, fue interrogado. En tal procedimiento se utilizó la ayuda de corrientes eléctricas, interrumpidas por dos razones: 1) sucesivos desmayos del sujeto Jaime Kantarovitch, alias Cantarera, y 2) cortes en el suministro de energía eléctrica. Así pues, el interrogatorio no se pudo acabar. El individuo Jaime

Kantarovitch, alias Cantarera, repitió varias veces que la reunión tenía como objeto hablar de literatura y tomar mate. En el apartamento se encontró efectivamente una calabaza de mate todavía tibia y varios libros, lo que naturalmente no invalida la hipótesis de reunión subversiva. El individuo Jaime Kantarovich, alias Cantarera, fue cacheado. En sus bolsillos había: 1) unos cuantos billetes y monedas; 2) un pañuelo sucio y rasgado; 3) un trozo de lápiz; 4) dos aspirinas; 5) un papel, cuidadosamente doblado, con las siguientes palabras mecanografiadas en alemán:

Leoparden in Tempel

Leoparden brechen in den Tempel ein und saufen die Opferkrüge leer; das wiederholt sich immer wieder; schließlich kann man es vorausberechnen, und es wird ein Teil der Zeremonie.

Debajo del texto, la firma de un tal Franz Kafka.

El papel, amarillento, parece bastante antiguo. Creemos, no obstante, que es un truco, y que se trata, en realidad, de un mensaje, posiblemente cifrado; estamos esperando la traducción al portugués, solicitada con carácter de urgencia, para una mejor valoración. Sobre la base de dicha traducción, continuaremos investigando al sujeto Kantarovitch, alias Cantarera, ahora con vistas a conexiones subversivas internacionales.

Con la apertura de los archivos de los servicios secretos que operaron en Brasil a partir del golpe de 1964, vieron la luz numerosos documentos, entre ellos el informe confidencial arriba transcrito, del que tengo una copia.

Jaime Kantarovitch, apodado Cantarera por un amigo carioca, era mi primo. Nunca fuimos íntimos, pero sentía simpatía por él y lo respetaba mucho. El informe remite a una sorprendente historia que implica al mismo Jaime, a nuestro tío abuelo Benjamin Kantarovitch y a Franz Kafka.

Comenzaremos por Benjamin, cuya foto figura en nuestro álbum de familia, el álbum que tengo ante mí. Es, además, la misma fotografía desvaída que está en la lápida de su sepultura, en el cementerio judío. Lo que llama la atención en él es el aire asustado, tan típico de mi tío. Le llamaban Ratoncillo (no se trataba de un nombre de guerra; era su mote): los pequeños ojos negros y las orejas de soplillo le daban un aire de ratón. No aquellos ratones alegres de los cuentos infantiles, sino, por el contrario, un ratón melancólico, solitario, siempre escondido en su guarida. A diferencia de su hermano, que se casó y tuvo cuatro hijos, Benjamin no formó una familia; creo incluso que nunca tuvo novia y que su contacto con mujeres se reducía a las prostitutas de la calle Voluntários da Pátria, que le conocían y le hacían un precio especial. Era pobre, Ratoncillo. Sastre competente, podría haber ganado mucho dinero con su oficio. No lo ganó. En primer lugar, la sastrería tradicional fue desplazada poco a poco por la industria de la confección, de manera que con los años fue

perdiendo la clientela, entre la que se encontraban personas conocidas de Porto Alegre, periodistas, políticos, jugadores de fútbol, comisarios de policía. En segundo lugar, y a medida que se hacía más viejo, Ratoncillo empezó a desarrollar teorías peculiares acerca de la ropa. Sostenía, por ejemplo, que la manga izquierda debería ser más corta que la derecha «así las personas pueden mirar más fácilmente el reloj de pulsera» y confeccionaba las americanas de acuerdo con tal idea, lo que obviamente desconcertaba, e irritaba, a muchos clientes. Él, sin embargo, hacía caso omiso de las protestas, tildando a los insatisfechos de «retrógrados» y «reaccionarios ». «Hay que seguir el ritmo de los tiempos», insistía, «porque el ritmo de los tiempos es el ritmo del progreso». Un lenguaje en el que resonaba su pasado de hombre de izquierdas, de trotskista. Pero Ratoncillo ya no se interesaba por la política, por lo menos por la política partidista, esa de la que salen los principales titulares del periódico. En general, hacía poca cosa. Iba de casa a la pequeña sastrería y de la pequeña sastrería a casa, pobremente amueblada pero llena de libros. Ratoncillo leía mucho, y leía cualquier cosa, desde ficción hasta filosofía. Su vida quedaba resumida a eso, a la sastrería y a la lectura. Nada de fiestas, nada de cine, nada de teatro, ni siquiera televisión: le parecía una tontería. El hermano y la cuñada se inquietaban: les hubiera gustado que conociera a gente, que hiciera amistades, que se casara, ¿qué podía haber más importante en la vida de un hombre que formar una

familia? Claro, Ratoncillo estaba lejos de ser un hombre atractivo. Y cuanto más envejecía más disminuían las oportunidades matrimoniales, pero una buena casamentera podría, quién sabe, concertar un encuentro con una muchacha, incluso con una solterona, principalmente con una solterona. Sólo que Ratoncillo no estaba interesado en casarse. Se apegaba a su vida rutinaria, monótona, y de ahí no salía. Cuando cumplió sesenta y cinco años, su hermano mayor organizó una fiesta sorpresa, para la que nos preparamos durante varios días. Todavía recuerdo aquella fatídica noche. Estábamos todos allí, los sobrinos y los sobrinos nietos, con sombreros de Mickey y una cinta que decía algo así como «Cumpleaños feliz, Ratoncillo». Sobre las ocho se abrió la puerta y entró Ratoncillo. Su reacción fue extraordinaria. Primero se asustó, pensaba que se trataba de un atraco; cuando se dio cuenta de que era una sorpresa, le dio un ataque de furia, cretinos, quiénes os habéis creído que sois. Finalmente, conseguimos calmarlo; pero no conseguimos llevarlo al asador, como habíamos planeado. Yo no tengo nada que celebrar, refunfuñó, no soy nadie, nunca he hecho nada de provecho.

En esa existencia melancólica hubo, sin embargo, una aventura singular. Una aventura cuyo recuerdo acompañó siempre a mi tío abuelo desde la juventud, y que casi al final de su vida tendría una secuela igualmente sorprendente. De esa aventura, y de esa secuela, Ratoncillo me habló mucho, en la residencia geriátrica donde fue recogido en sus últimos años y donde yo, médico joven, le

cuidaba. Hace tiempo, de aquello, pero hoy todavía recuerdo la historia.

La familia Kantarovitch era de Besarabia, una región objeto de constantes disputas entre Rusia y Rumanía. Vivían en Chernovitski, pequeña aldea que distaba unos ochenta kilómetros de Odessa. Una aldea judía pobre, como eran las aldeas judías de la Europa Oriental. La población vivía en un continuo sobresalto, temiendo los pogromos, las masacres organizadas. Los judíos eran los chivos expiatorios de cualquier crisis, y las crisis eran algo que no faltaba en el imperio zarista.

Mi bisabuelo, el padre de Ratoncillo, era sastre. Aun siendo un buen sastre, lo que ganaba apenas daba para mantener a la familia: si no fuera por algunos clientes rusos más pudientes, incluso habrían pasado hambre. Tenía esperanza, no obstante, de que los hijos escogiesen un oficio mejor. Benjamin, pensaba, sería un excelente rabino. Una aspiración razonable —los rabinos eran respetados y, en el peor de los casos, tenían para comer— y con cierto fundamento. Al chico le gustaba leer, era inteligente. Sólo necesitaba completar la formación religiosa.

Pero Benjamin no quería ser rabino. Puede que incluso hubiera pensado en eso, en algún momento de su vida; pero como ese era un proyecto del padre, automáticamente lo rechazaba. Ratoncillo era un rebelde. Se peleaba con todo el mundo, con los padres, con los vecinos. Lo que tiene de pequeño lo tiene de revoltoso, suspiraba la madre, que en vano había intentado enderezar al hijo.

Poco a poco la rebeldía de Ratoncillo fue encontrando un objetivo, a medida que se daba cuenta de la deprimente situación en la que vivían no sólo los judíos, sino también otros grupos. En el año 1916 Rusia era un país dilacerado por conflictos sociales, políticos, étnicos; un país en el que la miseria y la opresión habían alcanzado niveles intolerables. La revolución, se decía, era sólo cuestión de tiempo: los comunistas se preparaban para alcanzar el poder.

Estas noticias tardaban en llegar a Chernovitski, pero llegaban, y allí tenían una repercusión inmediata. Había en la aldea un grupo de jóvenes idealistas que se reunían en secreto para discutir los textos de Marx y Engels. El grupo estaba liderado por Iossi, el hijo del carnicero.

Ratoncillo era amigo de Iossi. No: Ratoncillo veneraba a Iossi. El muchacho, alto, guapo, con una espesa cabellera y grandes ojos oscuros, era para él un modelo. Le escuchaba con verdadera adoración, bebía sus palabras. Iossi hablaba de un mundo mejor, un mundo donde no habría ricos y pobres, ni opresores y oprimidos. Un mundo de justicia y paz. Un mundo donde nadie sería perseguido, donde los judíos serían iguales a las demás personas.

Cuando Ratoncillo cumplió diecinueve años, Iossi le regaló un ejemplar del *Manifiesto comunista* en yiddish. No hay que decir que el texto se convirtió para Benjamin en el equivalente de lo que es la Torá para los religiosos. Lo leía diariamente; era capaz de recitar de memoria párrafos enteros. Y lo hacía en lugares públicos, en el mercado, en